

PENÉLOPE, UN EJEMPLO DE FIDELIDAD

Irene Romera Pintor
Universidad Complutense de Madrid

La figura de Penélope surge en medio de las vicisitudes de una guerra larga y cruel. Paris raptó a Elena, apoyado por la diosa Afrodita. Este hecho provocará la ira del rey de Esparta, Menelao, y servirá como detonante de la guerra de Troya. Los grandes héroes se unen para participar en el combate. Homero narra en la *Iliada* los avatares y desventuras de dicha guerra. El héroe que nos ocupa, Ulises, abandona su patria, Ítaca, dejando a su mujer y a su hijo, Penélope y Telémaco, durante veinte largos años en los que se suceden noches largas, acompañadas sólo por el silencio que destila la soledad.

Tras la victoria de los griegos contra los troyanos, Ulises emprende el largo viaje de regreso a Ítaca, donde le aguarda su mujer, Penélope. Son las aventuras que recoge Homero en la *Odisea*.

El personaje de Penélope se nos presenta como un modelo de virtudes de entre las que destaca la fidelidad por ser la clave del desenlace feliz de la *Odisea*. La fidelidad de Penélope no se puede entender de forma aislada, sino que trasciende más allá para entrar en relación directa con las demás virtudes que adornan su alma. Su nombre aparece siempre ligado a una cualidad noble cargada de humanidad. Penélope será así "*la más noble de las mujeres*" (canto I), "*venerable esposa del hijo de Laertes*" (canto XIX), "*esposa augusta del hijo de Laertes*" (canto XIX).

Son estas cualidades del alma las que embellecen a la esposa de Ulises y las que configuran su identidad, más aún que la propia belleza física. De hecho son escasas las alusiones a esta última cualidad puramente estética: en el canto XVII se nos presenta "*hermosa como Artemisa o la rubia Afrodita*" (1). Pero la propia Penélope alude a la belleza como un estado circunstancial intrínsecamente ligado a su estado anímico: se considera hermosa en compañía de su esposo, en medio de la dicha, en tanto que le abandona la belleza durante la larga ausencia de Ulises, en medio del dolor y la espera.

Así, en el canto XVIII, la "*prudente hija de Ícaro*" señala que "*los dioses destruyeron mi fuerza, mi estatura y mi belleza cuando los griegos embarcaron para Ilión, y con ellos partió mi esposo Ulises, si este héroe regresara y protegiera mi vida, mi gloria y mi belleza serían mucho mayores*" (2).

Penélope se entrega a sus obligaciones domésticas, la encontramos así en el canto XVII "*sentada en una silla, hilando una lana delicada*" (3). En el canto XXI es el

propio Telémaco quien alude a sus quehaceres: "*Vuelve pues a tus aposentos, toma de nuevo vuestros trabajos acostumbrados, la tela y el huso, ...*" (4).

Tampoco descuida sus deberes de anfitriona. Todo el que llega a sus puertas es recibido y tratado como huésped sin atender a su posición o linaje. Su indignación por el trato que recibe el mendigo, que no es otro que el propio Ulises, por parte de sus pretendientes, se pone de manifiesto en el canto XVII: "*Al enterarse la prudente Penélope de que un suplicante había sido golpeado en el palacio, exclama en medio de sus mujeres acompañantes: ¡Quisiera el cielo, Antino, que Apolo, de reluciente arco, te hubiera herido a ti!*" (5). Y en el canto XXI cuando los pretendientes se niegan a que participe Ulises disfrazado de mendigo en la prueba del arco, exclamará: "*Antino, no es justo ni conveniente insultar a los huéspedes de Telémaco, cuando algunos de ellos vienen a esta casa*" (6).

Todo ello: la prudencia, la bondad y la compasión, la hospitalidad, el cumplimiento del deber, y todas las virtudes que configuran el personaje de Penélope, perderían buena parte de su valor si no se encontrara sublimado por la llama inextinguible del amor cuyo luminoso destello se ha dado en llamar fidelidad.

Desde su aparición en escena en el canto I, Homero nos la presenta bañada en lágrimas de dolor por la ausencia de Ulises: "*Penélope vuelve a sus habitaciones, ..., llora a Ulises, su esposo, hasta que Atenea difunde un dulce sueño sobre sus párpados*" (7). Esta imagen se repetirá a lo largo de toda la obra a manera de *Leit-motiv* para poner de manifiesto la constancia de ese amor que por ser verdadero es eterno.

En este sentido, es significativo el hecho de que sólo pueda conciliar el sueño por intervención divina. El dolor de la separación se hace insostenible hasta el punto de que, en más de una ocasión, Penélope desea que la muerte ponga fin a su sufrimiento, como ella misma nos dice en el canto XVIII: "*Ojalá en este mismo instante me enviase la casta Artemisa una dulce muerte, para que yo no me consumiera eternamente en medio de las lágrimas, echando de menos el noble valor de un esposo querido*" (8). O en el canto XX: "*Entretanto su casta esposa estaba despierta; lloraba sentada en el mullido lecho. Después de haberse saciado de lágrimas un buen rato, la más noble de las mujeres dirige a Artemisa la siguiente plegaria: Artemisa, diosa venerable, hija de Zeus, ¡pluguiera al cielo que, hiriéndome el seno con una flecha, me arrebatas ahora mismo de esta vida!*" (9).

Pero para que la fidelidad de Penélope se manifieste en su plenitud aparecen obstáculos que la ponen a prueba: los pretendientes que, instalados en su palacio, aspiran a conseguir su mano. La superación de este obstáculo hará brillar con mayor intensidad el amor virtuoso de Penélope.

A estos efectos, un rasgo determinante de la esposa de Ulises es el pudor que ostenta a manera de escudo protector frente a los pretendientes, de forma que siempre aparece acompañada de sus doncellas y ataviada con recato en presencia de aquellos. Ya en el canto I nos relata Homero: "*La prudente Penélope... no está sola, sino que la acompañan dos esclavas. Cuando la más noble de las mujeres ha llegado a donde se encuentran los pretendientes se detiene en el umbral de la sólida puerta con un ligero velo cubriendo su semblante*" (10). En el canto XVIII ella misma dirá a Eurínome: "*Avisa a Hipodamia y a Antonoé para que me acompañen al palacio; no iré sola en medio de esos hombres, ya que*

el pudor me lo impide" (11).

De esta manera, el pudor que se erige en Cancerbero de su castidad, queda ligado a la prudencia y ésta a la fidelidad, configurando así un entramado de virtudes que, una vez más, resulta imposible delimitar.

Pero además, para hacer frente a los pretendientes, Penélope se valdrá de su ingenio inspirado por la propia diosa Atenea. Con ello, la esposa de Ulises, al que Homero califica de *ἄνδρα πολύτροπον*, el hombre de las mil argucias, se convierte a su vez en *"la más sabia de las mujeres"*. En el canto XIX Penélope le refiere a su esposo, sin reconocerlo todavía, la estratagema que había concebido para retrasar la boda: *"Ellos, entretanto, me apremian acerca de la boda; yo invento mil astucias. Primeramente un dios me inspiró la idea de hacer un vestido fúnebre y tejer una gran tela ... luego les dije: Jóvenes presuntuosos, puesto que Ulises ha muerto, diferid mi boda ... hasta que yo haya terminado este tejido fúnebre ... Sin embargo, durante el día yo trabajaba en esa grande tela, y por la noche ... iba destruyendo mi labor" (12).*

En canto XXI comienza con otra estratagema: *"Atenea inspira entonces a la hija de Ícaro, la prudente Penélope, la idea de colocar en el palacio de Ulises, para los pretendientes, el arco y el hierro resplandeciente, juegos que serán la primera causa de su perdición" (13).* No es de extrañar que sea la propia Atenea, diosa de la sabiduría y protectora de Ulises, la que inspira a la fiel esposa para llevar a cabo sus propósitos.

En cualquier caso, a pesar de que Penélope alberga en su corazón la esperanza de volver a ver a su esposo, su fidelidad adquiere una dimensión superior si consideramos el hecho de que estaba convencida de la muerte de Ulises. Es así como en el canto XIX Penélope responde al huésped de Telémaco, sin reconocerlo aún, de la siguiente guisa: *"He aquí lo que yo pienso en mi alma y lo que se cumplirá. No, Ulises no volverá jamás a su casa" (14).*

La anciana Euriclea, que ya había reconocido al héroe por una cicatriz, corre a dar la nueva a Penélope cuando Ulises se lo ordena después de haber dado muerte a los pretendientes. Es el canto XXIII donde Penélope no quiere dar crédito a sus oídos: *"Querida nodriza, los dioses te han vuelto loca ... ¿Por qué te burlas de mí cuya alma está llena de pena diciéndome cosas tan poco verosímiles?" (15).* Con todo, la prudente esposa se presenta ante él a pesar de que su alma, como señala la nodriza, *"sigue siendo incrédula"*.

Será en este mismo canto XXIII, el penúltimo de la obra, donde Homero nos presenta la emotiva escena del reencuentro de los esposos. Ulises reprocha amargamente el silencio de su esposa que se encuentra sumida en la duda: *"Princesa, más que a todas las débiles mortales, fue a ti a quien los habitantes del Olimpo dieron un corazón insensible" (16).*

Llaman la atención las duras palabras de Ulises para aquella que tan bien había sabido guardar su honor. No es, sin embargo, la falta de sensibilidad lo que induce a la noble esposa a someterlo a una prueba, sino una vez más la prudencia de una mujer llena de sabiduría. Así le dirá a su nodriza: *"Euriclea, apresúrate a preparar ese mullido lecho que ahora se encuentra fuera de la cámara nupcial y que mi esposo construyó" (17).* La reacción

de Ulises no se hace esperar y le espeterá al momento: "*Reina, has dicho unas palabras que me desgarran el corazón. ¿Qué hombre, pues, ha quitado ese lecho de su sitio?*" (18). A continuación le refiere cómo elaboró él mismo el lecho nupcial alrededor de un olivo. Con ello Ulises supera la prueba y demuestra su identidad.

Los esposos se abrazan y Homero nos describe en este canto una bellísima y conmovedora imagen de amor. El valiente héroe de la *Odisea* llora ahora como un niño. La virtuosa y casta Penélope rodea con sus brazos el cuello del héroe. Pero quizá más significativo sea el símil que el emplea el poeta para describir el reencuentro de los esposos: el navegante que llega felizmente a tierra después de esquivar la muerte. Asimismo, se podría comparar el amor y la fidelidad con el lecho elaborado entorno a un olivo cuyas raíces quedan ancladas en la cámara nupcial. El lecho enraizado en la tierra constituye la ilustración perfecta de la fidelidad. En el sentido propio es el símbolo.

Vemos, pues, que la fidelidad de Penélope a pesar de la dificultad, del dolor y las lágrimas, será la que determine su felicidad, como señala el propio Homero: "*los dos esposos, después de gozar de las delicias del amor, se complacen en un dulce coloquio*" (19). Una última intervención divina colmará su dicha: "*La diosa Atenea ... retuvo a la Aurora en su trono de oro en el seno del océano*" (20). De esta manera se prolonga la noche como merecido y justo premio a los esfuerzos de ambos.

En efecto, de no haber sido así, de no haberse mantenido fiel la prudente Penélope, el desenlace feliz de la *Odisea* se hubiera visto trocado en una verdadera tragedia. Penélope hubiera corrido la misma suerte, o quizá peor, que aquellas de sus sirvientas que la traicionaron con los pretendientes, entregándose a ellos y revelándoles su estratagema de la tela. En el canto XXII, después de que Ulises da muerte a los pretendientes, se dirige a Euriclea en los siguientes términos: "*Pero, tú, tráeme aquellas mujeres que en esta casa me despreciaron y aquellas que son inocentes*" (21). Más adelante Homero nos refiere la muerte de aquellas desdichadas: "*Llevando a las sirvientas entre la torre y el sólido muro del patio, las encierran en un angosto espacio, de donde aquellas desgraciadas no pueden escapar. En aquel momento Telémaco dice las siguientes palabras: que no perezcan con muerte honrosa, aquellas que esparcieron el ultraje sobre mi cabeza, sobre nuestra madre, y que durmieron con los pretendientes*" (22).

De esta manera son castigados los que traicionaron al héroe durante su ausencia. De ahí la afirmación que señalábamos al principio: la fidelidad de Penélope es la clave del desenlace feliz de la *Odisea*. La mujer de Ulises reúne todas las virtudes que se atribuyen a una esposa erigiéndose así en un modelo humano, en paradigma, si tomamos la palabra griega; es, en resumen, la guardiana del hogar. Con ello se pone de relieve el talento de Homero para vincular la realidad cotidiana con la ficción poética, la verdad humana con lo sobrenatural.

A lo largo de la *Odisea* aparece, incluso en las aventuras más extraordinarias, una presencia constante de la realidad familiar: en la casa, el amor filial, los consejos de la nodriza, la agonía del perro fiel, Argos, tras ver de nuevo a su amo. El autor ha sabido llegar a los sentimientos universales que siempre han existido y que siempre existirán: en Ulises el deseo de volver a la patria que le llevará incluso a rechazar la inmortalidad, en Penélope los valores del amor femenino, con su más valiosa manifestación: la fidelidad.

Una vez más el mundo homérico nos aparece tanto más cercano a nosotros cuanto que sus personajes presentan unos rasgos de carácter que, si bien son extremos, no dejan de ser por ello plenamente humanos.

En este caso, el de Penélope, se trata de un ideal, aunque no utópico, que debe servir de ejemplo. *"Hay que buscar el amor que, envuelto en voluntad y constancia, haga mirar hacia delante, superando los sufrimientos, los dolores y las humillaciones para abrimos camino hacia la paz interior, que es una de las puertas de entrada al castillo de la felicidad. Ese amor natural y sobrenatural a la vez, debe ser el fin del hombre y el principio de la felicidad"* (23).

Y hablar de amor implica hablar de fidelidad, PORQUE LA FIDELIDAD ES EL INVENTO DE UN DIOS PARA ENSEÑARNOS A AMAR.

NOTAS

- (1) Homero, *La Odisea*, Ediciones Zeus, Barcelona, 1968, pág. 210, canto XVII.
- (2) Idem, *op.cit.*, pág. 229, canto XVIII.
- (3) Idem, *op.cit.*, pág. 211, canto XVII.
- (4) Idem, *op.cit.*, pág. 265, canto XXI.
- (5) Idem, *op.cit.*, pág. 220, canto XVII.
- (6) Idem, *op.cit.*, pág. 265, canto XXI.
- (7) Idem, *op.cit.*, pág. 23, canto I.
- (8) Idem, *op.cit.*, pág. 228, canto XVIII.
- (9) Idem, *op.cit.*, pág. 249, canto XX.
- (10) Idem, *op.cit.*, pág. 22, canto I.
- (11) Idem, *op.cit.*, pág. 228, canto XVIII.
- (12) Idem, *op.cit.*, pág. 237, canto XIX.
- (13) Idem, *op.cit.*, pág. 258, canto XXI.
- (14) Idem, *op.cit.*, pág. 241, canto XIX.
- (15) Idem, *op.cit.*, pág. 280, canto XXIII.
- (16) Idem, *op.cit.*, pág. 284, canto XXIII.
- (17) Idem, *op.cit.*, pág. 284, canto XXIII.
- (18) Idem, *op.cit.*, pág. 284, canto XXIII.
- (19) Idem, *op.cit.*, pág. 286, canto XXIII.
- (20) Idem, *op.cit.*, pág. 285, canto XXIII.
- (21) Idem, *op.cit.*, pág. 277, canto XXII.
- (22) Idem, *op.cit.*, pág. 278, canto XXII.
- (23) Enrique Rojas, *La conquista de la voluntad*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1994, pág. 185.